
NOTAS DE SPORT

LA CAZA DEL CONEJO



Noble ejercicio es sin duda cazar el ganso y ciervo; matar gallos de brezo, perdices y faisanes en Agosto, Septiembre y Octubre, agrada también con extremo; el tiro de gallos silvestres bajo un hielo tónico, puede calificarse de pasatiempo sublime, aunque excepcional; pero la caza á los vivarachos conejos, ofrece también la ventaja de durar todo el año.

Podrá ser dicho animalejo motivo de maldición para el labrador, cuando le perjudica el estrago de sus dientes; pero es, con toda verdad, el sostén y la esperanza del cazador.

Podrá suceder también que llegue el día en que las perdices se hagan ariscas como halcones y eviten las emboscadas más rigurosamente científicas; que sea menester perdonarlas cuando crían, y consagrarse á las liebres, codornices y tórtolas.

¿Quién se preocupa ahora con los conejos, cuya fecundidad es proverbial?

Ley natural es que se multipliquen maravillosamente y que mueran sincompasión.

Aunque la escopeta, el lazo y el hurón hayan combatido sus progresos, cuando llega el verano su número es siempre prodigioso, si se les deja algunos meses de descanso.

Respecto á su omnívora voracidad, y al daño que hacen, abandonadlo al cuidado de labradores y guardas de monte.

Es innegable que éstos, sus enemigos inveterados, os ofrecerán numerosos ejemplos de lo que llaman los franceses pruebas materiales de sus delitos.

Se verán, en efecto, tierras de pan llevar, contiguas á los montes, segadas en verde por sus dientes, y tan limpias de mies como de árboles las cercanías de una colonia de castores, y los plantíos de nabos, bastantes para alimentar á rebaños enteros, arrancados por millares y roídos.

Sin embargo, aunque el conejo sea gastrónomo y glotón, posee la virtud de atemperarse á la adversidad, sobrellevándola con heroísmo inimitable y contentándose con poco más de nada.

Echad sólo algunas parejas en cualquier isla desierta y árida, y al año ó los dos años, á pesar de las liebres y garduñas, se habrán multiplicado y hormiguarán por todas partes, porque engordarán con la yerba de fibras salinas, y celebrarán opíparos banquetes con cardos espinosos ó puercoespines vegetales.

Así es fácil también sacar grandes utilidades de una tierra de la peor calidad, que para ninguna otra cosa sirve, y aún cuando sus productos no sean de tanto peso como los que los belgas importan en Inglaterra, se prestan, no obstante, admirablemente á todas las aficiones cinegéticas.

Ningún paraje hay tampoco con más atractivos para esta caza, que algunas de las costas arenosas que se extienden por la Escocia y la Holanda.

Verdad es que no hay en ellas troncos de árboles que estorben la puntería, cuando el conejo salta á uno y otro lado en el momento de apretar el gatillo.

Pero no por esto hay que andar menos alerta al rodar y tropezar en sus colinas de arena.

Cada grupo de yerbas oculta en forma de conejo, bajo sus raíces, familias enteras de estos cuadrúpedos.

En el instante en que las golpeais, si os parecen á propósito para esconderlos, oís detrás un bullicio lisonjero.

Dando con prontitud una vuelta sobre vuestros talones, columbrais un rabo blanco, cuyo propietario io lo mueve como burlándose del que lo mira.

Si no hay agilidad para soltar el tiro sin tardanza, es lo probable que no le veais ya más, por grandes que sean los esfuerzos que hagais para encontrarlo de nuevo y obligarlo á reaparecer.

Todo el suelo está agujereado de madrigueras, y sus desigualdades provienen de su número.

Si se penetra algunos centenares de varas tierra adentro, la caza es de diverso género.

Se cruzan grandes manchas de matorrales espesos de todas formas, componiendo un laberinto de altos y bajos.

Entonces son inestimables los buenos perros, sobre todo los ingleses, que no temen espinas ni arañazos ni se asustan de dejar en ellas el pelo.

Verdad es que tienen mucho que trabajar, y que han de estar enseñados á no alejarse medio tiro del cazador.

No dejarán de latir á un lado y á otro, hasta llegar á una especie de entrada de galería cubierta con su arco de enredada yerba.

Se pueden seguir sus operaciones mineras por el movimiento agitado de las yerbas, y después de una breve pausa, interrumpida tan sólo por sus suspiros y aspiraciones, los latidos recomienzan con mucha más fuerza.

Hay que detenerse entonces y observar con cuidado.

El conejo, ó huye prudentemente de los dientes de sus tenaces perseguidores, ó salta de improviso, para escapar del trance de cualquier manera.

Es menester tirarlo de seguida en el primer tiro, ó si hay serenidad y práctica bastante, descerrajarle un tiro á tenazón cuando se ha perdido en ocasión favorable.

Pero ya se mate ó no se mate, el tiroteo no cesa ni por un momento; los cartuchos se gastan por docenas, y si la caza no es abundante, la culpa sera sólo del cazador.

Muchas piezas de caza prefieren determinadas localidades, en lo cual hay que poner atención, no olvidando á los cazadores furtivos y á los laceros.

Aunque los conejos se aumentan mejor en terrenos arenosos ó de guijos, procrean sin embargo en todos, ya sean húmedos ó secos.

No hay que cuidarse con exceso de los laceros é infractores de vedados, aunque no se prescinda enteramente de su existencia.

Los mismos colonos son sus enemigos más peligrosos.

Basta poseer algunos pocos trechos de pinares, sin matorrales al pie de los árboles, que de vez en cuando se destinan para el pasto del ganado.

Ni la liebre ni la perdiz los frecuentarán demasiado.

Sí, pero habrá conejos con seguridad todo el año, y se podrán cazar cuando se quiera.

Basta derribar algún árbol ó cortar algunas ramas y dejarlas en tierra, que ésta y la yerba que empuje sobre el árbol ó las ramas harán lo restante.

Una pareja de alegres podencos pueden servir útilmente persiguiendo sin descanso á los asustados conejos.

Apostaos en algún agujero ó eminencia, y pasareis un rato agradable.

La collera de perros se despacha mientras tanto á su gusto, siguiendo cada uno su capricho, ya cazando á la vista, ya al olfato.

El que acecha oye las más deliciosas melodías á su alrededor, según se acercan ó se alejan los conejos.

Muchos se escabullen con cautela; pero otros tropiezan con los perros y retroceden, ó pasan delante del cazador desatinados, seguidos de cerca por los perros.

Es imposible calcular con frialdad el como han de tirarse.

Los gazapos aparecen casi siempre de improviso entre las matas, y cuando los contemplais así, casi os desarman si sois algo tierno de corazón.

Otras veces llevan tal prisa, que en una hora corren leguas enteras, porque si la distancia es corta, son aún más ligeros que la liebre y el galgo.

Es difícil apuntarles sin dañar á los perros, y cuando se les hiera en la cabeza dan vueltas como una rueda y caen lejos por la violencia de la carrera.

Tampoco ha de despreciarse el conejo en las monterías, porque ejercita al cazador y aumenta las piezas que se aprovechan.

Se libra, es verdad, de la escopeta y se refugia en su madriguera cuando la atención del cazador está fija en las perdices que vuelan, ó cuando sólo pensais en las liebres que levantais con vuestros borceguies.

Pero al principio de las batidas, cuando las perdices apeonan sin detenerse y las liebres huyen desaladas hacia las escopetas que las aguar-

dan, los conejos ofrecen graves motivos para ocupar vuestros ocios en los momentos en que no podais gastar mejor el tiempo.

El empleo del hurón tiene también sus épocas, en los últimos días del otoño ó durante las heladas del invierno, cuando no hay otra cosa mejor que hacer.

La nieve cubre la tierra, y se amontona en grandes masas contra los vallados y en las hondonadas.

La liebre, como dice Keatster en su víspera de Santa Inés, se arrastra cojeando por el duro hielo, y las perdices, amansadas por el hambre, vienen á refugiarse junto á las paredes de la casas de campo, como los pollos del corral.

Pero el conejo, listo y feliz como siempre, se acurruca en las profundidades de su oscura madriguera, cuando los estragos que ha causado en las nuevas plantaciones, os imponen hasta el deber de perseguirlo.

Si salís al campo una mañana despues de desayunaros, circundado de vuestro propio aliento como de una nube, tropezais con el guarda que os espera con una caja al hombro, y con un perro cobrador en sus talones, mientras que un aspirante á ayuda de campo se muestra envuelto en una especie de redes, y otro se presenta-empuñando dos azacles.

Haciendo crujir la nieve que cubre la tierra, y desordenando las ramillas blancas que os estorban el paso, seguíis á vuestro guía, uno en fondo, hacia alguna de las madrigueras, conocida acaso desde vuestra infancia.

Necesariamente os situais en una posición que domine el campo dentro y fuera del monte.

El perro cobrador toma una postura especial de observación intensa, con la cabeza inclinada á un lado, y formando su aplomo singular contraste con la agitación irresistible del zarcero, que se ha deslizado arrastrando en pos de su amo, y que conoce con su admirable instinto que la ocasión es solemne, y que es preciso observar una conducta irreprehensible.

En fin, los ayudantes de campo, de rodillas ó boca abajo, ponen las redes en todas las bocas que se descubren, fuera de las elegidas para que tire con más facilidad el cazador, y preparan los hurones, que se revuelven con sus ojos encarnados como si en vez de huesos tuvieran sólo vértebras.

Un par de ellos se sueltan en las bocas de las madrigueras, y desaparecen en sus profundidades después de detenerse un momento á olfatearlas.

Entonces contiguere omnes (incluso los perros) intentique ora tenebant.

Oyense extraños ruidos subterráneos, espasmódicos y convulsivos, que van creciendo poco á poco en forma de galopes redoblados, como un temblor de tierra en miniatura.

Todos los conejos se ponen en saludable movimiento, y á no ser atacados á un tiempo en alguna galería por los hurones, por su flanco y por su retaguardia, ó que se vean en algún callejón sin salida, en donde sea chupada su sangre sin recurso, hay que confiar en que descamparán sin tardanza.

De pronto se escucha un ruido próximo, la nieve se hiende, ñabrese la tierra, y brota de ella un conejo por un agujero desapercibido, bajo las ramas de un árbol, agujero cuya existencia no se sospechaba, y eso que conociais el terreno á palmos.

Tirais con rapidez por entre los árboles, y errais probablemente la pieza, justamente cuando vuestra atención es atraída hacia otra víctima, que se ha precipitado de cabeza en una red, envolviéndose y apretándose en sus mallas.

mientras os ocupais en la renovacion de los cartuchos, un tercer conejo, pánicamente aterrado, sale de la cueva y emprende un galope furioso.

Apenas hay tiempo para preparar la escopeta y recuperar vuestra propia estimación, enviando al fugitivo un tiro rápido y certero que junta su cabeza con sus talones en el instante de escaparse.

El cobrador lo atrapa listamente antes que se disipe el humo del tiro, y os lo trae á la mano, colgado de sus dientes.

En cuanto al zarcero, el escapársele el anterior conejo ha dado al traste con su loable resolución, y le oireis en el monte latiendo inútilmente.

Esta caza con el hurón tiene sin duda sus molestias.

Cuando el tiempo es malo, los conejos tardan buen rato en presentarse.

Si el viento silba con fuerza entre las ramas, no se oyen bien los ruidos subterráneos.

Otras veces los hurones de más confianza, después de celebrar un

opíparo banquete, se hacen una bola y se abandonan á un delicioso sueño, siendo impotentes los azadones para perturbarlos, y es preciso dejar allí un hombre de guardia para que los recobre.

Los piés se enfrían y las manos se hielan, á pesar del no interrumpido baile á que os entregais para conservar el calor.

Pero de todas maneras, esta caza es por lo común muy entretenida por los lances que ocurren, y el cazar los conejos es un ejercicio indispensable para el verdadero cazador, que por lo menos aprende y se ejercita en el tiro de tenazón.

